



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Integración, el desafío para Latinoamérica

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1996). Integración, el desafío para Latinoamérica. *Cuadernos Americanos*, 6(60), 19-24.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 60, (noviembre-diciembre de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

INTEGRACIÓN, EL GRAN DESAFÍO PARA LATINOAMÉRICA

Por *Leopoldo ZEA*
PUDEL, UNIVERSIDAD
NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

LOS PUEBLOS QUE FORMAN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, y que entraron a la historia hace 500 años bajo el signo de la dependencia, enfrentan en este fin de siglo y de milenio el mismo desafío que encaran también los pueblos que a lo largo de esos 500 años le impusieron su dominio, los pueblos del mundo occidental. La historia originada en esos 500 años ha llegado a la gran encrucijada que puede implicar el fin de la dependencia impuesta por el Occidente al resto de los pueblos no occidentales. Implica el fin de una larga injerencia y el posible inicio de relaciones solidarias basadas en el respeto que han de guardarse los hombres y los pueblos entre sí. Fin de la globalización imperial e inicio de la globalización solidaria en la realización de un destino común para la Humanidad visto como expresión de su diversidad. Para este nuevo orden, pueblos como los nuestros están mejor preparados que los que le impusieron su dominio. Difícil resulta para el Occidente renunciar a dominios impuestos y reconocer como iguales a pueblos que los sufrieron. Sin embargo, es su propia expansión y dominio la que los ha conducido a la encrucijada que implica el cambio de una relación de dominio por una relación solidaria. Relación que permita compartir el desarrollo alcanzado con pueblos que parecían condenados a pagar con sus sacrificios los exclusivos beneficios de sus dominadores. A lo largo de 500 años se ha originado una historia en la que se entreveran conquistadores con conquistados, colonizadores con colonizados. Es tan grande lo alcanzado por esta vía, que la permanencia de esos logros y su futuro desarrollo depende, ni más ni menos, de la capacidad del segundo para sostenerlo, compartiéndolo.

Los imperios ayer, para crecer y mantener su dominio, sólo tenían que imponerlos para explotar riquezas que eran de otros pueblos e imponer trabajos forzados a los dueños de las mismas. Materias primas y mano de obra baratas. Así se fue alcanzando el extraordinario progreso de los pueblos llamados desarrollados, abriéndose una amplia brecha con los pueblos que de esta forma hacían posible el desarrollo. Con el tiempo, la ciencia y la técnica, cada vez más avanzadas, encontraron la forma de limitar la dependencia del colonizador con respecto del colonizado. Por un lado transformando la materia para no buscarla en lejanas colonias. Por el otro, desarrollando el robotismo que fue limitando la dependencia de los brazos de colonos cada vez menos necesarios. Así, al final del siglo xx, pareció que el colonizado y sus riquezas podían ser prescindibles. Francis Fukuyama, en 1989, hizo expresa esta situación hablando de pueblos que son ya prescindibles y por ello condenados a quedarse en la historia sin fin.

En 1989 culmina y termina la historia iniciada en 1492: la salida de uno de los contrincantes de la guerra fría, la Unión Soviética, que origina el fin de la industria armamentista y la caída de los muros que separaban a Europa y a continuación la desintegración de la misma Unión Soviética. Siguiendo a Victor Hugo, se habló de una gran nación futura que se llamará Humanidad. Pero otras voces hablarán del absoluto triunfo del sistema opuesto al que se desintegró con la Unión Soviética, el capitalista, y también de su conductor, Estados Unidos. Se habló de la vuelta al liberalismo que fue frenado por la Guerra Mundial de 1914 y originó la Revolución Socialista de Rusia en 1917, el fascismo ítalo-alemán de la posguerra y luego la segunda Gran Guerra y como respuesta la revolución anti-colonial de los pueblos del Tercer Mundo. Al término del siglo xx emergió el nuevo liberalismo con su peculiar democracia liberal y con la economía de mercado. Dentro de este contexto los viejos reclamos de pueblos bajo coloniaje, como los nuestros, carecen de sentido. No afectaban a un sistema que prescindía del coloniaje porque podía bastarse a sí mismo, rehaciendo materias y sustituyendo brazos humanos por robots.

La globalización de la economía de mercado origina el orden del futuro, en el cual lo central será la elaboración de mercancías, pero también el consumo de las mismas. No hay mercancías sin consumidores. Sin éstos la economía de mercado acabará derrumbándose. Debe mantenerse y acrecentar la producción. Cuanto más produzca, más crecerá, pero sólo creando trabajo habrá capacidad

para el consumo del mismo. El robotismo hace innecesario al colonizado y al trabajador de la Metrópoli, lo que origina la desocupación y con ella se frena el desarrollo al ir anulando al consumidor. Gente pobre no consume y sin consumo no hay desarrollo. Lo que hay que frenar es la pobreza, y para ello habrá que compartir el desarrollo que de esta forma puede mantenerse y ampliarse. ¿Qué pasará si a los millones de consumidores del mundo desarrollado se agregan millones y millones de consumidores del mundo visto hasta ayer como donador de materias primas y mano de obra barata? Los Estados Unidos, nación que enfrentará los problemas que se originaron con el fin de la guerra fría, fueron los primeros en tomar conciencia de esta posibilidad.

Los sucesos iniciados en 1989 no sólo pusieron fin a la guerra fría y desarticularon a la Unión Soviética, también dividieron al mundo en naciones capaces y no capaces para la economía de mercado. Los Estados Unidos, supuestamente triunfantes, tuvieron que salir de la Europa Occidental, como la Unión Soviética de la Europa del Este. Sus armas, supuestamente defensivas, resultaban obsoletas en la economía encaminada a producir mercancías domésticas. La Europa del Este se deshizo de la hegemonía soviética, la Europa Occidental hizo lo mismo con los Estados Unidos. Para la nueva economía, Europa estaba extraordinariamente mejor preparada, no obligada a fabricar armas. Así, Alemania, perdedora de la Segunda Guerra, encabezará el desarrollo de la industria propia de la nueva economía.

Estados Unidos quedaban fuera de este mercado, pero también de la economía de mercado que se formaba en la Cuenca del Pacífico Asiático, cuenca encabezada por el otro perdedor de la Segunda Guerra mundial, Japón. Los Estados Unidos, con su poderoso y sofisticado, pero también costoso armamento, quedaban fuera de la nueva economía. ¿Cómo desarrollar y encontrar consumidores para su propia economía de mercado? ¡Pura y simplemente en la otra América, la que fuera vista como patio trasero de sus intereses! ¡Un gran mercado de 500 millones de latinoamericanos y caribeños! Pero gente pobre, siempre explotada, no puede ser buen mercado. Habrá entonces que dejarlo crecer haciéndolo participar en el desarrollo alcanzado. No se podía prescindir de los latinoamericanos, pero tampoco de África y menos aún de Asia, que tomaba su propia iniciativa en el nuevo orden. Asia se mostraba extraordinariamente capacitada para fabricar los productos de la economía de mercado y con ello crear el trabajo que originaría consumidores.

Tal es la encrucijada a que ha llegado la historia iniciada en 1492 y que culmina en 1989. Globalización que obliga a compartir el desarrollo alcanzado o por alcanzar para que éste no se detenga y continúe. La miseria, como el desempleo, sólo puede originar la anulación de un desarrollo que únicamente se alcanzaba con el sacrificio de los más, con el beneficio de los menos. Todo el género humano, en sus múltiples y concretas expresiones, es necesario, nadie es prescindible. Sin embargo, son muchas las señales que se están dando de resistencia a la aceptación de este cambio, el cual, obviamente, pondrá fin a ganancias de quienes se beneficiaron en una economía liberal que premiaba a los supuestamente aptos sobre los menos aptos. La resistencia está originando guerras sucias no menos letales que las que originó la guerra fría: la atomización en la globalización, la resistencia a reconocer la existencia de un mundo multirracial y multicultural origina guerras étnicas como las expresadas en las que fueron Yugoslavia y la Unión Soviética, así como los nacionalismos, fundamentalismos y racismos patentes tanto en Europa como en los Estados Unidos. El mundo desarrollado se plantea ahora problemas de identidad e integración que en otro contexto se plantearon los pueblos latinoamericanos al emerger como naciones que aspiraban a ser soberanas.

Esta América que se autodenomina Latina incluye a los pueblos del Caribe que recibieron el primer golpe de la expansión occidental y está ahora mejor preparada para el orden que se avecina, en el mundo occidental que se resiste a cambios que han de ser compartidos. Los problemas de identidad e integración de esta nuestra América los origina la marginación a que fueron sometidos los pueblos por quienes les imponen su propia identidad vista como la identidad por excelencia de lo humano.

Dos grandes guerras mundiales y los reclamos sociales y de soberanía que originaron dos revoluciones mostraron al mundo occidental lo negativo de sus pretensiones. Oswald Spengler, al final de la Primera Guerra, y Arnold Toynbee al final de la Segunda, hicieron ya expresa la nueva problemática: ¿Somos los europeos expresión de lo humano por excelencia? ¿La historia universal marcha hacia la plena hegemonía de su identidad e intereses? Reclamos externos e internos han puesto en crisis estas presunciones. Los problemas de identidad que ahora se plantea el mundo occidental son expresión de una globalización que ya no responde a sus intereses. Es el fin de la globalización que se imponía imperialmente. Por ello la nueva globalización amenaza la que parecía segura identi-

dad del mundo occidental. La diversidad, esto es, el multirracismo y multiculturalismo, amenaza esta identidad.

La Europa Occidental empezó ya a plantearse viejos problemas de integración, así como problemas de dependencia que guardaba con la prolongación de sí misma, en América, Estados Unidos, esa potencia que en supuesta defensa de su propia seguridad e intereses de la Europa Occidental imponía dependencia política y económica a sus pueblos. Se habla ahora de defender y deslindar lo propiamente europeo de los estadounidenses y de integrarse para enfrentar la dependencia imperial. Proyecto que se inició en 1979 y fue posibilitado por los sucesos de 1989. Los viejos sueños de integración de esta nuestra América frente a la integración colonial impuesta secularmente por el Occidente son problemas semejantes a los de integración de la misma Europa. La Europa que a lo largo de la historia enfrenta otros pueblos para imponer su peculiar identidad regional. Integración francesa, inglesa o alemana. Europa enfrentaba ahora una proyección de sí misma, Estados Unidos. ¿No está entonces mejor preparada esta nuestra América que puede hablar de raza cósmica como asunción de la diversidad de razas y culturas que se han dado encuentro en ella?

Para el nuevo orden globalizado estamos los pueblos de esta nuestra América mejor preparados que los pueblos que han hecho depender la integración de sus propios y concretos intereses. Nosotros los latinoamericanos tenemos un origen común y una identidad racial y cultural igualmente común que implica la asunción de todas las expresiones de lo humano. Es esta diversidad de razas y culturas integradas la que nos identifica, la que está poniendo en crisis al mundo occidental. Lo que nos divide no son razas ni culturas, sino intereses regionales que la colonización en sus diversas expresiones estimuló para su propia seguridad y permanencia. Por ello es importante superarlos e integrarlos libremente para que esta nuestra región pueda contar positivamente en el nuevo orden en otra relación que no sea la vieja relación de dependencia.

Debemos igualmente rechazar falacias externas que buscan mantener divisiones en relación con ese futuro inmediato. Nuestros pueblos no son prescindibles, son, por el contrario, necesarios para mantener el mismo crecimiento del mundo occidental. No son necesarias sus materias primas y brazos, pero son necesarios los consumidores de la nueva industria. Del mundo occidental están llegando ofertas, que no están inspiradas en la generosidad, sino en una ineludible necesidad, pero ofertas siempre condicionadas que

sólo ingenuamente pueden ser aceptadas. Aceptadas sí, pero siempre a beneficio de los intereses de los pueblos que las reciben. Lo cual no implica renunciar a la propia identidad y comunidad. Nuestros pueblos, juntos, integrados, podrán entonces hacer valer mejor el costo de la solicitada e imprescindible colaboración.

Habrà que rechazar falacias como las de los estadounidenses Samuel Huntington y Francis Fukuyama. El primero, cuando sostiene que la integración de México al Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLC) implica una "redefinición cultural". Esto es, que México como Chile en el futuro y cualquier otro país latinoamericano, para incorporarse al TLC tendrá que abandonar su identidad, adoptando la estadounidense, dando la espalda al resto de los pueblos de la América Latina que no se incorporen al Tratado. Quienes caen en esta falacia han enfrentado al MERCOSUR con el TLC. ¿Acaso el MERCOSUR al integrar su economía a la de la Comunidad Europea va a renunciar a su propia identidad para aceptar la europea? ¿Lo hará también Chile y luego el mismo México en relación con Europa, agregando otra identidad más a la ya supuestamente adoptada?

Otra ineludible relación económica es la que se está dando con los pueblos del Pacífico asiático que están ahora emergiendo. ¿Pero para ser parte de la economía que busca su globalización, tendremos que convertirnos en seguidores de Confucio, Buda o Rama? El mismo desarrollo económico del Sudeste asiático nos está mostrando que los seguidores de esa moral y esas religiones no tienen por qué renegar de ellas negando su identidad, para así poder emerger en un desarrollo que tiene que ser compartido. Los pueblos de esta nuestra región en América, integrados por su propio origen y desarrollo, podrán participar en este mundo sin por ello renunciar a lo que son.

Las aberraciones que implicaban opciones como la de civilización o barbarie, o el pretender ser otros Estados Unidos o los yanquis del sur, han pasado a la historia. Los que están preocupados por perder su identidad son precisamente los estadounidenses y europeos frente a un mundo multirracial y multicultural que han llevado a sus propias entrañas. Se plantea ahora el viejo interrogante latinoamericano: ¿Qué somos? ¿Americanos? ¿Europeos? ¿Africanos? ¿Asiáticos? Para nosotros está clara la respuesta, isomos todo eso, nada de lo humano nos es ajeno!